

sonoros instrumentos. Ostentaba el regio camarín, en el aparato magnífico de su opulencia, los preciosos adornos que, entre el lucimiento y la curiosidad, dilataban los ánimos en el gusto y admiración; y repartidas las atenciones entre los ojos y el oído, con suspensiones de agradables dudas, no acertaba el entendimiento á qué debía acudir, siendo más fácil poner término á la libertad de los deseos que al número de los primeros, en que competían los cuidados del arte con los caudales de la naturaleza, cuya admirable proporción se explica mejor cuando no se pondera; pues no puede haber mayor testimonio de lo que se encarece que poder encarecerlo.

A la ingeniosa tarea de las obras que se componían de repente, añadió Su Excelencia la de que se hiciese juntamente otra de pensado, para traerla el lunes siguiente, siendo todas las que se señaló propias de su gran inteligencia y acertada elección. Y después de la Academia que se dedicó á celebrar los felices años del Rey Nuestro Señor Don Felipe Quinto, que Dios guarde, aumentó tan raras y delicadas precisiones y circunstancias á las obras y asuntos, que, en solo discurrirlas, Su Excelencia pudiera acreditar la elevación de su dilatado entendimiento. Y aunque aquellos insignes ingenios reconocían la dificultad de la empresa, admitían con pronto agrado los extraños empeños, y ejecutaban con plausible acierto los casi inimitables primores que, en este volumen, ofrece mi cuidado á la curiosidad y estimación de los entendidos, sin dilatarme ahora en los dignos encomios de tan singulares poemas, por advertir que á la gloriosa fama de sus diestros autores ni añaden rumor desalentadas voces, ni aumentan vuelo temerosas plumas. Las obras eminentes son el mejor elogio de quien las ejecuta; y cuando es sumamente elevada la estatua del mérito, no es posible ajustarle las galas del aplauso; mayormente cuando estas merecieron tan alta estimación á Su Excelencia que, rozándose en veneración su aprecio, ponderaba que el proponer aquellas dificultades era sólo por ver como las recibían, sin esperar que admitiesen tan estrechas prisiones el ingenio y entendimiento; pero que hallando, después de sus ejecuciones, los asombros que solemnizaba con éxtasis el oído, parecía que en el ardor del conflioto encendían más luz para el acierto; y así, reconociendo que eran aquellos ingenios de temple superior y se acreditaban excesos á la naturaleza, aún entre sus más atrevidas licencias de formar monstruos, se hallaba ya empeñado en desviarlos de lo vulgar, y para que tuviese sus Hércules el ingenio, abrirles con la arduidad de las empresas nuevos caminos para la fama.

Era esta admiración de Su Excelencia nuevo crédito de su gran sabiduría conforme al discreto dictámen de aquel cortesano pintor Nicostrato, de quien refiere Eliano en su libro 14 de *Varia historia* que, arrebatado de la sutileza de Teuxis en la pintura de Helena, disculpó el embeleso de su asombro, respondiendo al que

le preguntó qué era lo que tanto le suspendía en aquella obra:—*no hicieran esa pregunta tus labios si tuvieran la viveza de mis ojos.* Aun en medio de lo bueno sobresale y resplandece lo mejor. Las cercanías ofrecen entera la perfección de los objetos; y así, en esta repetida experiencia, admiraba aquel sublime entendimiento la prodigiosa capacidad de aquellos ingenios, cuya profundidad y elegancia no permitían la deslumbrada competencia de aquellos que, con sólo tener aparente pico y una desapacible voz de ganso, piensan ser cisnes, y sin mover sus plumas blasonan de cortar las agenas. Y cómo ponderó el refinado juicio de don Joseph Pellicer, que siendo estos perezosos genios como el cristal, transparentes en la apariencia, débiles en la substancia, se quieren oponer al oro de otros que tienen en sí el valor incluido con propiedad! Con qué discreta frescura los pintó el cortesano Zavaleta! «Quien ve, dice, á un pato con su pluma, sus alas, su pico, sus dos pies y todos sus menesteres de pájaro, no dirá sino que vuela. Ver á estos hombres con su par de sonetos en la faltriquera, su romance en el pecho, con sus cuatro décimas en la mano y su equivoquito en el pico, es para persuadirse á que van y que vienen al «Parnaso. Mas díganles que vuelen: no hay pato como ellos.»

Pero la discreción de Su Excelencia, que reconocía en el espíritu poético cualidades de ardor divino, nunca confundió en la multitud presumida la singularidad prodigiosa; y más habiendo logrado calificar su digna elección en tan superiores talentos, que adornados de tan doctas y selectas noticias con que esmaltaban tan ingeniosas sutilezas, hacían evidente demostración de que, en el arco de Apolo y en el círculo de las Musas, caben todas las líneas de las ciencias y todos los puntos de la sabiduría, como se admiraba gloriosamente en Su Excelencia, habiéndose cultivado la claridad de su entendimiento con el continuo estudio de todas las letras que ilustran el ánimo de un generoso Príncipe, y que, con el político manejo de sus altos empleos, ninguna lengua de las más célebres le fué extranjera, hallándose diestro en todos los idiomas y eminente en todas las facultades, con cuyos preciosos esmaltes, adornado de atractivas perfecciones, aquel sublime espíritu reservaba luces de amor y de respeto en los afectos de cuantos le atendían.

Lo que en todas las Academias se escribió y quiso atesorar la estimación de Su Excelencia, es lo que contiene este libro. Pero era mucho más lo que se decía extemporalmente sobre diferentes asuntos y argumentos que ofrecía la conversación, el acaso ó la controversia de diferentes materias, facultades ó noticias, con admirable propiedad en la inteligencia de la Filosofía, Matemáticas, Jurisprudencia, Teología, Historia, Poética y Razón de Estado, usando en todo de rara novedad, sin que jamás se oyese composición ordinaria ó común, porque la singular facilidad y actuación de Su Excelencia y de los demás ingenios había hecho usua-

les los primores más difíciles, siendo en lo que continuamente se decía, ya todas las voces de una sola letra vocal, ya todas de una misma inicial, ya retrógradas, ya conecos, paranomasias, y otras delicadas armonías y artificiosas elegancias, diciéndose de repente, y con semejantes precisiones, Octavas, Sonetos, Décimas, Liras, Glosas y otras obras de sutil hechura; y en algunas ocasiones se vió tejida, entre Su Excelencia y los demás concurrentes, una representación cómica con todos los rigores del Arte, sin más anticipada prevención ni traza, que la que iba ofreciendo la propia habilidad y destreza de los que la formaban, en quienes se admiraba mayor fertilidad y abundancia de genio y númen poético que el que de sí mismo ponderaba Ovidio, encareciendo el claro manantial de su vena que brotaba voluntariamente y sin cuidado, puestos en número los conceptos; y ahora se acreditaba la sentencia de Séneca que, en el capítulo último de su libro de la *Tranquilidad del ánimo* decía, que esta sublime calidad de espíritus, rompiendo los límites de todo lo vulgar, sube de las ordinarias jurisdicciones del entendimiento á contar, con elevada delicadeza, lo extraordinario y remontado de sus argumentos.

Juzgo que, en este libro, ofrezco á la discreción una joya muy rica y compuesta de peregrinas preciosidades habiendo quedado en mi poder tan eminentes obras es, por haber merecido á Su Excelencia la honrosa confianza de este noble depósito de su discreta estimación; empeño que hace, en mi memoria, más precisa la deuda del agradecimiento y más eficaz la obligación de la lealtad, reconociendo que debí, más que todos sus criados, á Su Excelencia; pues siendo en mí menores los méritos eran mayor favor las benignidades. Si en este curioso volumen no mereciere aceptación mi cuidadosa solicitud, á lo menos conseguirán las obras que le componen su debida alabanza y digna admiración, de que es preciso que reciba alguna prez mi afecto por ir al lado de su merecimiento.

Lima, Mayo 10 de 1713.

Diego Rodríguez de Guzmán.



FLOR DE ACADEMIAS

ACTAS